

PARÍS, 20 de Octubre.

La filosofía ecléctica tuvo partidarios ardientes mientras era una *esperanza*, y vió conjurada contra sí á toda la turba de los filósofos cuando no fué más que un *desengaño*. Entre todos se distinguen, por el tesón de sus ataques y por el fanatismo de su odio, Lherminier y Lerroux, de los cuales el primero la ha combatido con las armas de una filosofía vaporosa que, andando el tiempo, podrá salir de sus limbos, pero que no tiene aún ni fisonomía ni nombre, mientras que el segundo ha dirigido contra ella, no con mayor fortuna, el ariete de sus lucubraciones neocristianas. Dejando á un lado las lucubraciones del uno y las imaginaciones del otro, combatiré á la filosofía ecléctica con las armas del buen sentido.

La filosofía ecléctica no es falsa porque no tiene por fundamento un error ¹; pero es insuficiente porque la verdad en que se funda es una verdad incompleta. Los eclécticos han dicho: "El alma y el cuerpo existen; luego la Filosofía debe proclamar su existencia. El elemento católico, el bárbaro y el romano han existido al mismo tiempo en las épocas bárbaras y feudales; luego su coexistencia debe ser proclamada por la Historia. El elemento monárquico, el aristocrático y el democrático coexisten; luego su coexistencia debe ser proclamada por la política." Y dicho esto, los filósofos eclécticos han entrado en un profundo reposo.

Ahora bien: ese reposo es la muerte de su filosofía; porque toda filosofía, para que sea digna de este nombre, debe satisfacer á dos preguntas, conviene á saber: ¿Cuáles son las cosas

¹ Donoso se engañaba: la filosofía ecléctica descansa en un error, que consiste en decir que en todo error hay una parte de verdad. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

que existen? ¿De qué manera existen? Porque todo lo que existe, existe de cierta manera: ó para explicarme más claro, hay dos especies de existencias simultáneas, que deben de ser simultáneamente el objeto de la Filosofía, conviene á saber: las *cosas* que existen, y las *relaciones que existen* entre las cosas. La filosofía que tuviera por objeto explicarnos la índole de las relaciones de las cosas entre sí haciendo abstracción de las cosas, sería absurda; y la que se propone solamente hacernos una descripción estadística de las cosas que existen, haciendo abstracción de las relaciones que las unen, es una filosofía incompleta.

Cuando la filosofía católica, hablando por boca de San Agustín ¹, define al hombre diciendo: que es una *inteligencia servida por órganos*, cumple en esta definición, sublime como todo lo que le pertenece, con todas las condiciones que tenemos derecho de exigir en una filosofía: con efecto, al mismo tiempo que nos dice, como la filosofía ecléctica, que el cuerpo y el alma existen, nos dice también de qué manera existen el alma y el cuerpo. La filosofía católica coloca el alma en el Trono y pone el cuerpo á su servicio, mientras que la ecléctica guarda sobre sus relaciones el silencio más profundo.

Mr. Guizot, al proclamar la coexistencia del elemento católico, del bárbaro y del romano en la Historia, y la coexistencia en la sociedad de la democracia, de la aristocracia y de la Monarquía, ha guardado también, en cuanto á sus relaciones, el mismo profundo silencio. De manera que hoy día es, y Mr. Guizot, después de haber conversado con el público por medio de la prensa, desde la cátedra, desde la silla ministerial y desde la tribuna, no le ha revelado todavía su secreto acerca de las mutuas relaciones de los elementos que coexisten en la sociedad, en los Gobiernos y en la Historia. Creyendo que nada le queda por hacer después de haber proclamado su *coexistencia*, ha olvidado de todo punto su *jerarquía*. Ahora bien: la

¹ Esta definición está en las obras de Mr. de Bonald, pero sus elementos pertenecen á San Agustín, de quien Mr. de Bonald los toma sin citarle. (Véanse las *Confesiones*.)

jerarquía es la organización armónica, y la organización armónica es el orden: la coexistencia de las cosas sin la jerarquía, es el caos.

Cuando Dios creó los mundos, el acto único de su creación comprende en sí dos creaciones: por la primera, sacó á los mundos de la nada, y les dió la vida embrionaria, la vida confusa: durante la vida embrionaria todas las cosas *coexistían*; pero no había lugar para ninguna cosa, y todas las cosas estaban fuera de su lugar; por la segunda, les dió la vida jerárquica, la vida ordenada, la vida inteligente. Entonces fué cuando el hombre ocupó el Trono de la tierra; cuando se dilataron por su hondo lecho los mares; cuando se encendió la lámpara de los cielos; cuando nacieron las estaciones, y cuando las esferas describieron, con movimiento cadencioso, sus círculos inmortales. Entonces, y sólo entonces, la obra de la creación fué completa, porque coexistieron las cosas, y estuvieron trabadas armoniosamente entre sí por medio de leyes generales y de relaciones comunes.

Cuando la filosofía monárquica dice, por boca de Mr. de Bonald, que "en el Estado hay tres personajes sociales, el Poder que manda, el Ministro que sirve y el súbdito que obedece; que el Rey es el Poder, la aristocracia el Ministro y que el súbdito es el pueblo", la filosofía monárquica ofrece al entendimiento una creación completa, porque nos enseña cuáles son los personajes sociales y cuál es su jerarquía. Cuando la filosofía democrática, conservando los mismos personajes, pero alterando sus mutuas relaciones, nos dice que "el Poder es el pueblo, el súbdito el individuo y el Ministro el magistrado", la filosofía democrática ofrece también al entendimiento una creación completa, porque nos enseña cuáles son las cosas que coexisten en la sociedad, y cuáles las relaciones que existen entre las cosas sociales. Pero cuando Mr. Guizot se contenta con decirnos que la Monarquía, la aristocracia y la democracia coexisten en la sociedad y en la Historia, y que el Rey, la Cámara de los Pares y la Cámara de los Diputados las representan en el Go-

bierno", Mr. Guizot sólo ofrece al entendimiento una creación incompleta, confusa, embrionaria. La sociedad busca el Poder, y no encontrándole, pierde los hábitos de la obediencia. El espíritu busca el Poder, y no encontrándole, pierde la noción del derecho.

Y no se diga que Mr. Guizot coloca el Poder en el *consensus* de la trinidad política; porque, siendo el Poder una cosa *necesaria*, no puede hallarse en el *consensus* de la trinidad constitucional, que es una cosa *contingente*.

Yo concibo el Gobierno constitucional como Carlos X le concebía, es decir, localizando la potestad suprema y decisiva en el Trono; como la Inglaterra le concibió antes de su reforma parlamentaria, es decir, localizando esa potestad en la aristocracia, representada por la Cámara de los Pares; y como monsieur Thiers le concibe, es decir, localizando la potestad suprema y decisiva en la Cámara, que representa directamente los intereses del pueblo. Pero no concibo el Gobierno constitucional de Mr. Guizot cuando teme poner esa potestad en manos de la Cámara de los Diputados porque le asusta la democracia; cuando rehusa colocarla en la Cámara de los Pares porque la aristocracia hace pasar por delante de sus ojos visiones temerosas; cuando se niega, en fin, á confiárselas al Rey, receloso del engrandecimiento de la Monarquía.

Mr. Guizot es el único publicista y el único hombre de Estado que ha hecho de la desconfianza universal el principio fundamental de su sistema y el principio regulador de su conducta; el único que ha suprimido el Poder por temor de sus abusos. Cuando el Gobierno de Carlos X publicó sus famosos decretos, Mr. Guizot, temeroso del despotismo monárquico, suprimió la dinastía y mutiló la Cámara de los Pares; cuando la democracia victoriosa quiso constituirse en Poder, Mr. Guizot combatió la democracia; cuando el Gabinete de 15 de Abril, presidido por Mr. Molé, defendió la independencia de la prerrogativa real en sus relaciones con el Parlamento, Mr. Guizot se lanzó á la coalición temeroso del triunfo de la prerrogativa monárquica;

cuando Mr. Thier quiso hacer prevalecer el Gobierno parlamentario sobre el Gobierno personal, Mr. Guizot combatió al Gobierno parlamentario. Por donde se ve que Mr. Guizot, á quien llaman conservador los conservadores, es, no sólo un hombre revolucionario, sino el revolucionario por excelencia; puesto que, mientras que los llamados revolucionarios están prontos, cuando menos, á reconocer un Poder, el de la Revolución, Mr. Guizot es el único que no reconoce ninguno; el único que persigue al Poder en dondequiera que le encuentra; el único que le sofoca dondequiera que se organiza; el único que no le consiente vivir, llámese Rey ó pueblo, Cámara de los Diputados ó Cámara de los Pares; el único, en fin, que le va siempre á los alcances, como si fuera un enemigo del reposo público.

De esta manera, Mr. Guizot ha venido á destruir con sus propias manos su propia obra; después de haberlas condenado á vivir una vida común en una paz imposible, Mr. Guizot ha matado, una después de otra, á las tres hermanas rivales que no quisieron vivir juntas. La Monarquía murió á sus manos en Julio; la aristocracia en Agosto; la democracia en Septiembre ¹. En la teoría, proclamó su *coexistencia* y suprimió su *jerarquía*; en la práctica, ha suprimido su *jerarquía* y su *coexistencia*. Nuevo Sansón, ha querido perecer con todos los filisteos, no dejando en pie ni una columna, ni un pilar en el templo de las instituciones.

De lo dicho se infiere que Mr. Guizot es un hombre esencialmente negativo. Lo es en teórica; porque toda su filosofía se reduce á la demostración de los inconvenientes que lleva consigo el desarrollo á costa de los demás, del elemento monárquico, del aristocrático ó del democrático; ó, lo que es lo mismo, á la demostración de los inconvenientes que lleva consigo la constitución del Poder en las sociedades humanas; pues-

¹ En Julio de 1830 se verificó la revolución. En Agosto del mismo año, la mutilación de la Cámara de los Pares. En Septiembre de 1835 se promulgó la famosa legislación contra la imprenta y las asociaciones políticas.

to que el Poder no existe, no se constituye sino con la condición de alcanzar un desarrollo preponderante sobre todo lo que no es él, sobre todos los elementos que deben servirle ó que deben obedecerle. Es negativo en la práctica, porque, Ministro ó diputado de la oposición, no ha hecho nunca otra cosa sino oponer su veto individual, unas veces al desarrollo de las fuerzas democráticas, y otras, si me es permitido usar esta expresión, al de las fuerzas gubernamentales.

Siendo un hombre *negativo*, Mr. Guizot es un hombre *estéril*, porque Dios ha condenado á la esterilidad al que niega. Siendo la base fundamental de su sistema político contener el desarrollo preponderante de la aristocracia, de la democracia y de la Monarquía, las ha condenado al reposo; única manera de hacer imposible un desarrollo preponderante, un desarrollo desordenado; única manera, en fin, de conservar entre los elementos políticos y sociales lo que Mr. Guizot llama un saludable equilibrio.

Pero como todos los elementos sociales y políticos tienen una inclinación natural á dilatarse, Mr. Guizot se ha condenado á una *agitación* continua para impedir su dilatación conservándolos en un estado contrario á su índole, en un estado de inalterable *reposo*. Nada hay á mis ojos más digno de atención que el espectáculo de este hombre político, que consume su vida en una *guerra* continua y en una *agitación* eterna para conseguir una cosa imposible: el *reposo* y la *paz* de todos los elementos políticos y sociales.

Mr. Guizot ha trasladado su sistema filosófico de la política interior á la política de la Francia en sus relaciones con el mundo. *La paix par tout, la paix toujours*, no significa otra cosa sino un sistema de reposo y de equilibrio aplicado á las naciones. Mr. Guizot quiere el reposo de todas, porque no quiere la preponderancia de ninguna. Enemigo de la unidad social, es enemigo de la unidad europea, y la combatiría aunque se realizara por la Francia y en beneficio de la Francia. Mr. Guizot quiere la *coexistencia* sin la *jerarquía* en las naciones,

como la apetece en los elementos sociales. No por esto estoy yo inclinado á creer que es contrario á la guerra, considerada en sí misma. Lo que aborrece en la guerra no es la guerra, sino la victoria. Una guerra estéril, es decir, una guerra sin vencedores ni vencidos, no sería una cosa opuesta á su carácter ni á su sistema filosófico, puesto que vendría á producir el mismo resultado que la paz: el equilibrio entre las naciones. Digo más todavía: si Mr. Guizot estuviera seguro de que la guerra había de producir este resultado, tengo para mí que había de proclamar *la guerre par tout, la guerre toujours*, como un medio de propagación de su sistema; y de hecho, esta especie de guerra es la que tiene por buena y conveniente en las sociedades humanas; ¿qué otra cosa es el Gobierno representativo, como Mr. Guizot le concibe, sino un estado permanente de guerra, que no debe terminarse nunca por una victoria decisiva? ¿Qué otra cosa significa la *coexistencia* de todos los elementos sociales sin la *jerarquía*, sino la guerra sin la victoria?

De lo dicho hasta aquí resulta que Mr. Guizot consiente que se pongan en tela de juicio todos los problemas políticos y sociales, con tal, empero, que no se transformen nunca en verdades demostradas. Mr. Guizot no lleva á mal que se discuta en el Parlamento, y en la tribuna, y en la prensa la cuestión del Poder, con tal, empero, que no salga el Poder del seno de la discusión, abriéndose paso en el mundo de los hechos después de haber triunfado en la región de las ideas. Mr. Guizot consiente que la Monarquía, la democracia y la aristocracia presenten sus títulos á la dominación ante el tribunal de la opinión pública, con tal, empero, que, oídos los abogados de las partes y venido el pleito á vistas, no se pronuncie la sentencia.

En el idealismo político de Mr. Guizot, los partidos, los intereses, las instituciones mismas son un vano simulacro.

Mr. Guizot se ha formado una idea falsa del Poder y una idea incompleta de la libertad; pero sobresale en el arte de

ocultar lo que la primera tiene de falso y lo que la segunda tiene de incompleto. Ocupado exclusivamente en pesar el pro y el contra de las cosas, tiene un talento admirable para hacer la exposición de los sistemas políticos y filosóficos. Su elocuencia es grave, reposada, solemne. La tribuna es para él una cátedra; sus discursos son lecciones. Cuando habla, no deja á sus oyentes ni convencidos ni entusiasmados, pero los obliga á que le rindan el único homenaje que le lisonjea: el de la admiración y el del respeto. Mr. Guizot se sublima con las tormentas parlamentarias; las tempestuosas discusiones sólo sirven para realzar la majestad serena de su frente. Convencido de la impopularidad de sus doctrinas, sabe arrostrar con una fiereza altiva los odios populares. Bien persuadido de la ventaja que lleva á los demás el que afirma osadamente, Mr. Guizot es imperturbable en sus afirmaciones. Los que están acostumbrados á penetrar en el fondo de las cosas sin hacer caso de las vanas apariencias, están menos inclinados á atribuir al desdén la fiereza con que arrostra la impopularidad, que al despecho.

Algunos han creído ver al hombre que vacila en el hombre que hace alarde de su aplomo; otros sospechan que su valor es aparente, y que el mismo que aumenta el volumen de su voz en las tormentas parlamentarias de hoy día, hubiera guardado un profundo silencio en los tumultos convencionales. No falta, en fin, quien sospecha que Mr. Guizot oculta un escepticismo real en un dogmatismo aparente, que viene á ser en él lo que serían los atributos de la fe puestos por un estatuero caprichoso en la estatua de la Duda. Mr. Guizot no es simpático ni indulgente. El vínculo de sus alianzas no es la amistad, sino el odio.

Su tratado de paz con los conservadores no significa otra cosa sino que ha declarado la guerra á la oposición, y su tratado de paz con la oposición no significa otra cosa sino que va á romper lanzas con los conservadores. Los que él llama sus amigos, no son otra cosa en realidad sino los enemigos de sus

adversarios. Los partidos le dan lo mismo que de él reciben: sus odios; todos le respetan, ninguno le estima. Mr. Guizot es más escolástico que lógico, y, más bien que un pensador, un artista; por esta razón sus discursos se distinguen, más bien que por la rectitud de los pensamientos, por el aparato artificialmente científico de las formas. Ambicioso de poner en el cuello de los demás el yugo de su dominación, para conseguir mejor sus intentos, comienza por conservar en todas ocasiones el dominio sobre sí propio. El entusiasmo es una cosa tan contraria á su naturaleza, que así se niega á recibirle como rehusa comunicarle. Mr. Guizot no combate nunca en el terreno de los demás, y llama á todos á combatir en su propio terreno. El desdeña las ideas que no tiene, y en cada cuestión, ó por mejor decir, en todas las cuestiones, no tiene más que una idea. En las cuestiones exteriores, por ejemplo, no ve más que una cuestión de coexistencia y de equilibrio. Si alguno mal avisado quiere ver en ellas una cuestión de patriotismo y de gloria, Mr. Guizot ni acepta ni combate ese punto de vista: dice *transeat*, y continúa su discurso. Mr. Guizot es un hombre probo, inflexible en sus principios morales y severo en sus costumbres.

El historiador vale en él más que el político; el orador más que el hombre de Estado; sus talentos mucho más que sus sistemas. Sus sistemas pasarán como pasan los errores; pero cuando hayan pasado resplandecerá todavía como un hermoso lumínar la luz de su clarísimo ingenio.

CURSO DE HISTORIA
DE
LA CIVILIZACIÓN DE ESPAÑA
POR
DON FERMIN GONZALO Y MORON